

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI



Córdoba, 2019

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica
de Córdoba
y sus Pueblos

XXVI

Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Diputación de Córdoba, Departamento de Ediciones y Publicaciones

Córdoba, 2019



Ilustre Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XXVI

Consejo de Redacción

Coordinador

Juan Gregorio Nevado Calero

Vocales

Fernando Leiva Briones

Manuel García Hurtado

Juan P. Gutiérrez García

José Manuel Domínguez Pozo

Manuel Muñoz Rojo

Edita e Imprime: Diputación de Córdoba
Ediciones y Publicaciones.

Foto Portada: Vista de Iznájar desde el Sur. Foto de Miguel Gutiérrez Ortiz.

I.S.B.N. Autor : 978-84-09-15919-2

Depósito Legal: CO 1821 - 2019

EL CARDENAL PORTOCARRERO Y SU RELACIÓN CON ROMA (1669-1679)

Manuel Muñoz Rojo

Cronista Oficial de Palma del Río

Luis Manuel Fernández Portocarrero y Guzmán (1635, Palma del Río-1709, Madrid) fue un eclesiástico y político español, que alcanzó la Regencia de España en 1700 en la crisis de sucesión dinástica de los austrias a los borbones. Su vida fue muy intensa desde su nacimiento hasta su muerte pero la década entre 1669 a 1679 fue de auténtico vértigo. En ese periodo fue nombrado cardenal y se trasladó a Roma, donde residió hasta la primavera de 1679. Asistió a dos concilios y a un año jubilar; en 1677 asumió la responsabilidad de virrey interino de Sicilia. Ese mismo año fue elevado a arzobispo de Toledo, Primado de las Españas. Y en 1678, el rey Carlos II lo nombró embajador extraordinario en Roma. Sin duda alguna, una década romana intensa en asuntos políticos, eclesiales y relaciones sociales.

La pugna por el capelo

Portocarrero hábilmente rechazó el arzobispado de Granada, para posicionarse en un más interesante nombramiento eclesiástico. La muerte del arzobispo de Toledo, Baltasar Moscoso y el rápido nombramiento del sustituto Pascual de Aragón, le negaba la remota posibilidad de alcanzar la mitra del primado de las Españas. Era el momento del salto a la púrpura y para ese objetivo se cruzó en su vida Juan José de Austria, quien junto a una gran parte de la alta nobleza, entre ellos los linajes y casas vinculados al deán Portocarrero le van a facilitar el camino a Roma. De por sí, hubo un primer intento de elevarlo a cardenal en 1665, en el consistorio de 1666 o 1667, donde fue creado Luis Guillermo de Moncada a instancias de la reina y el valido.

Será en 1669 cuando el deán Portocarrero alcance el mayor honor que puede otorgar el Papa, el título de cardenal. Un acontecimiento tan importante en la vida de Luis Manuel Portocarrero, en la historia eclesiástica y política de España ha quedado falseado como un mero gesto honorífico propuesto por la reina regente y concedido por el papa Clemente IX. Nada más lejos de la realidad; Portocarrero alcanzó la dignidad de Príncipe de la Iglesia en una azarosa batalla política entre la reina y los cortesanos, entre la corte de Madrid y Roma. Posiblemente era el eclesiástico con menos posibilidades de alcanzar el capelo, pero una oportuna crisis institucional, el enfrentamiento entre el príncipe Juan José de Austria y la reina Mariana de Austria a causa del confesor y valido Juan Everardo Nithard pondrá en suerte a un inteligente Portocarrero que apoya sin fisuras al hermanastro del rey Carlos II.

Nithard era el candidato de la reina Mariana de Austria para serle otorgado el capelo. El embajador en Roma, marqués de Astorga, dilata la entrada de Everardo en la capital romana hasta el 16 de mayo de 1669. Al parecer, el marqués de Astorga junto con gran parte de la nobleza no aceptaba la posibilidad de tener por cardenal precisamente al válido destituido por esa poderosa nobleza acaudillada por Juan José de Austria. Mariana de Austria pretendía restituir el honor de su confesor con el capelo e inmediatos y nuevos nombramientos para su persona, a la que envió a Roma con esa pretensión y bien dotado económicamente. La reina escribió al Papa solicitando la púrpura para su protegido, pero también el Consejo de Estado mandaría el formulismo de una terna para que el pontífice eligiera entre tres nobles eclesiásticos. La terna de candidatos al capelo era de un primer nivel eclesiástico, el primero, el deán Luis Portocarrero, seguido de Antonio Benavides Bazán, y en tercer lugar, el arzobispo Ambrosio Spínola.

Con estas argucias protocolarias, la candidatura de la reina se excluía por sí misma, al no formar parte de una terna, requisito formulista exigido por Roma. El Consejo de Estado y el embajador en Roma hicieron lo demás para impedir el capelo a Nithard e investir a un eclesiástico noble español. Los tres aspirantes pertenecían a la nobleza más vinculada al poder.

La terna estaba servida; Clemente IX podía escoger y resolver la situación en el momento que convocara consistorio y el pontífice no se mostraba amigable con el religioso que había empañado la situación política de España.

El 4 de agosto muere el cardenal nepote Tomás Rospigliosi, propulsor de la candidatura de Nithard al capelo. Al día siguiente, 5 de agosto, tiene lugar el consistorio secreto donde Clemente IX nombra a dos nuevos cardenales de las coronas de Francia y España, respectivamente, Emmanuel Théodose de la Tour d'Auvergne de Bouillon y Luis Manuel Fernández Portocarrero, *in pectore*, es decir, en el pecho del Papa pero no publicable oficialmente, más aún, se entiende que es un nombramiento secreto.

No será hasta finales de noviembre cuando muy enfermo y próxima su muerte convoque la misma mañana del día 29 de noviembre para la tarde un último y anhelado consistorio de enorme trascendencia, pues no sólo confirma el capelo del deán Luis Manuel Portocarrero sino que aumenta la nómina de cardenales en siete más, Nerli, Pallavicino, Cerri, Acciaiuoli, Bounaccorsi, Bona y un anciano eclesiástico de ochenta años de nombre Emilio Alitieri, preámbulo de un nuevo pontificado.

Los trascendentales consistorios secretos del 5 de agosto y 29 de noviembre de 1669 quedaron registrados en los archivos vaticanos en los términos protocolarios que exigían la historia eclesiástica y los modos vaticanos:

«Regina indè Gubernatrix, nomine Carolis Secundi Hispaniarum Regis eius Filii, Clementi huius nominis Nono proposuit, ad sacram purpuram: (die enim quinta Augusti, anno voluentis saeculi nono suprà sexagesimum, in pectoris arcanis retinuerat Cardinalem vnum, euulgandum Caroli Regis, ac Reginae matris voluntate;) euulgavit ipse Clemens Ludouicum Portocarrerum S.R.E. Presbyterum Cardinalem die 29 Nouembris eiusdem anni 1669».¹

El embajador marqués de Astorga envió un correo urgente a Madrid el mismo día 29 de noviembre comunicando la feliz noticia del nombramiento de un nuevo

¹ Alfonso CHACÓN, Agostino OLDOINI, et al, *Vitae et res gestae...*, IV, p. 789.

cardenal español, máxime sabiéndose que al Papa le quedaban días de vida. El papa Clemente IX muere el 9 de diciembre de 1669. Tras los funerales es convocado el cónclave para elegir al nuevo pontífice. Se desprende que en la voluntad del fallecido pontífice, y con la conocida política de cooptación, ha dejado trazado quién puede ser el próximo Vicario de Cristo.

Su primer cónclave y títulos

En febrero, el cardenal Portocarrero aún está en Madrid, tal como se desprende de las cartas con sus parientes y otros actos notariales que indican su presencia en Añover del Tajo. Las crónicas escritas sobre el cónclave señalan que el cardenal Portocarrero entró en Roma el 18 o 19 de abril procedente del puerto de Civitavecchia. La gran comitiva se dirigió al palacio de la embajada de España, residencia provisional del cardenal, hasta culminar el cónclave y recibir instrucciones de Madrid. En la embajada, en la plaza de España en Roma, el marqués de Astorga puso al día al cardenal del desarrollo del cónclave con el bloqueo a cardenales de la órbita hispana y, por tanto, las posibles negociaciones para su desbloqueo. No debía tener mucha prisa Portocarrero, pues aún le quedó tiempo para visitar a la reina Cristina de Suecia. Es comprensible que no se trataba de una visita de cortesía, también, sino un encuentro distendido para conocer las orientaciones que determinarían quién podía ser candidato a pontífice de la Iglesia.

«L'impression que garda la reine de l'entrevue fut que Portocarrero était "sage et raisonnable", "Je crois écrit-elle, qu'il ne manque pas de capacité, mais je ne crois pas qu'il en ait excessivement, et je ne sais s'il aura assez de fermeté pour soutenir son poste comme il faut en un conclave aussi terrible que celui-ci.»²

Con la información que traía desde Madrid, la ofrecida por el embajador de España en Roma, marqués de Astorga y la hábilmente facilitada por la reina Cristina de Suecia, el cardenal Portocarrero ingresó en el cónclave el 23 de abril. Corrió en pasquines por Roma un supuesto apoyo de Portocarrero a Cerri que le valió jocosas críticas. En ese espíritu conciliador se desbloqueó el largo cónclave y el 29 de abril fue elegido el cardenal Emilio Altieri papa Clemente X.

El nuevo pontífice, recién terminada la ceremonia de coronación el 11 de mayo, dispuso celebrar los consistorios público y secreto los días 17 y 19 de mayo, respectivamente, para otorgar el capelo, anillo, palio y títulos a los cardenales nombrados en el último consistorio del papa Clemente IX, el 29 de noviembre de 1669. El 17 tuvo lugar el consistorio público donde Clemente X entregó al cardenal Portocarrero el capelo y el birrete, dignidad de cardenal y un anillo con las armas del nuevo pontífice. Apenas transcurridos dos días, nuevamente se reunieron en consistorio secreto, donde tan sólo el papa Clemente X con los nuevos cardenales, que al igual que él, nacieron de la voluntad de Clemente IX, van a recibir sus títulos y sus responsabilidades en la curia romana.

«Indè in generali Confiftorio Cardinalatus infgnia, ac titulum fanctae Sabinae in Monte Auentino ab ipfo Pontifice recepit, quatuor deindè Congregationibus

² Carl BILDT, *Cristine de Suède et le conclave de Clément X...*, pp. 209-210.

Purpuratorum fancti Officij, nempè Epifcoporum, & Regularium, Concilij, & Rituum adfcriptus».³

Desde este momento el cardenal Portocarrero quedó adscrito al Sacro Colegio de Cardenales, una especie de noble senado, llamados Príncipes de la Iglesia, también Purpurados, en número de 70. En la primavera de 1670, el cardenal Portocarrero se encuentra plenamente integrado en la estructura de la jerarquía católica, pero no así en el encaje político de la Monarquía hispánica. El 3 de mayo se fue a vivir al palacio Cupis, en la plaza Navona, en la esquina contraria del templo de Santiago de los españoles. Un modesto palacio en comparación con las grandes y bellas residencias de los más ilustres cardenales de Roma, así como de familias patricias y príncipes con fabulosas mansiones en las grandes vías y plazas romanas, que Portocarrero decoró rápidamente. Pero Cupis se encontraba cerca de los nuevos templos barrocos que hacen de la capital del papado una ciudad llena de embajadas e iglesias nacionales en los barrios de su demarcación, como el populoso barrio, cuartel o quartiere de la embajada de España en Roma.

El palacio de Portocarrero se encuentra en un punto equidistante de los palacios vaticanos y de la embajada de España, con un rápido acceso a las iglesias nacionales de Santiago y Montserrat, así como a las basílicas mayores de Santa María y San Juan de Letrán. Puede, por tanto, cumplir una ajetreada agenda eclesiástica y al mismo tiempo vivir una vida de contacto con las inquietudes culturales y sociales, consideradas también actos mundanos. José María Domínguez ha estudiado al melómano Portocarrero y su pasión por la conversación y divertimento con academias, conciertos, actos literarios y compañías femeninas que seguro darían motivo de críticas y murmuraciones, que según los acontecimientos, Portocarrero sobrellevó bien.

Por tanto, en la primavera de 1670 encontramos al cardenal Portocarrero acomodado en el palacio Cupis, iniciando su desembarco eclesiástico y social junto al saliente embajador marqués de Astorga. A ellos les cabe la responsabilidad de organizar la hacanea o chinea, ceremonia anual que tenía lugar en Roma por la festividad de San Pedro y San Pablo, 29 de junio. Una de las fiestas más pomposas y sobresalientes donde se representaba la entrega anual al papa de un tributo de siete mil ducados, que entrega la Monarquía española por sus derechos sobre el reino de Nápoles. Las monedas eran portadas por una hermosa hacanea, jaca blanca, que era conducida por un príncipe italiano al servicio de la Corona española. El ceremonial permitía la entrada del equino y todo un cortejo de nobles, prelados, pajes y público en el interior de la basílica de San Pedro, donde eran recibidos por el sumo pontífice.

El cardenal Portocarrero vive un momento acelerado de emociones, como su viaje a Loreto y Asís en la primavera de 1671. La familia Portocarrero se encontraba vinculada a la orden franciscana desde sus más remotos antepasados los Bocanegra. Los Portocarrero llevaron a cabo las fundaciones de los conventos franciscanos de San Luis del Monte en Peñaflor y Ntra. Sra. de Belén en Palma del Río, sede de su palacio. Igualmente propiciaron la fundación del convento de monjas clarisas de Santa Clara, de la villa de Palma. Pues bien, entre el 25 de abril y el 13 de mayo de 1671 vio cumplida algunas de sus devociones más particulares, pues ese año inicia un recorrido por el centro de la península italiana para, entre otros sitios, visitar Asís, la patria de San Francisco, santo a quien profesa una devoción alimentada por la familia Portocarrero, y Loreto, su devoción mariana. En el séquito se hace acompañar de nobles como

³ P. REMIGIUM RITZLER ET P. PIRMINUM SEFRIN, *Hierarchia Catholica Medii Et Recentioris Aevi...*, p. 4.

Cristóforo Martínez , Domenico González y Cristóforo Mandrighi. Junto al cardenal viajan su secretario Juan Román de la Fuente, y su agente en Roma, el abad Andrea Oddi. La relación del viaje contada en italiano muestra cómo Portocarrero fue recibido por autoridades civiles y eclesiásticas entre gran regocijo y mucha música.

El 13 de octubre de 1671, Nithard es nombrado embajador ordinario interino. El confesor padre Nithard. El cardenal Portocarrero mostró su felicitación y disposición pero se sintió ofendido por la elección de la reina madre, que a todas luces era una afrenta en el contexto político de la corte romana, ya que elegir a un simple jesuita confesor de la reina católica frente a un noble y príncipe de la Iglesia no sólo hería el ego de Portocarrero sino a toda la alta nobleza española.

Las canonizaciones hispanas

El cardenal Portocarrero se empleó a fondo en su responsabilidad en la Sagrada Congregación de Ritos encargada, entre otros asuntos, de los procesos de beatificación y canonización. El número de religiosos y religiosas hispanos elevados a los altares fue considerable y de gran importancia ideológica para la nación española y su imperio. España quería ser ante el mundo la propagadora de la fe católica acompañada de sus más ilustres santos, desde el rey a una sencilla monja de las Indias Occidentales, desde San Fernando a Santa Rosa de Lima. Portocarrero le dará a España santos y beatos universales e intenta el reconocimiento de figuras estelares de la historia más reciente; así veremos al cardenal Portocarrero postulando la canonización de fray Francisco Cisneros, cardenal y regente de España. El 3 de septiembre de 1672 el propio Clemente X extendió la veneración a Fernando III el Santo a toda la Iglesia Universal. El 12 de abril de 1671 la basílica de san Pedro será el escenario público donde el papa Clemente X proclame a tres nuevos santos hispanos, San Luis Beltrán, San Francisco Javier Borja y Santa Rosa de Lima, la primera santa de América. Una demostración del imperio católico del rey de España y de las Indias.

Sin abandonar las causas de santos y su camino a los altares, nos encontramos al cardenal Portocarrero como promotor de dos expedientes muy significativos, el proceso de beatificación y canonización del cardenal Cisneros, todo un referente histórico para Portocarrero, y la monja concepcionista sor María Jesús de Ágreda. El primero tuvo un impulso significativo en el siglo XVII pero quedó paralizado en la siguiente centuria. El proceso de la religiosa Ágreda fue más accidentado.

El 25 de enero de 1675, año jubilar, el cardenal Portocarrero participa activamente desde la Sagrada Congregación de Ritos en los procesos de beatificación de los beatos españoles Francisco Solano y San Juan de la Cruz. Del primero, natural de Montilla, tierra cordobesa del cardenal, ha logrado la santidad en América. Del beato Juan de la Cruz, reformador carmelita, cuenta con una gran devoción en España y una enorme difusión de su poesía mística. En Toledo, como en tantas ciudades y villas, se aclama la beatificación y esa estrecha relación con el cardenal Portocarrero.

La lista de santos, beatos y venerables se ve incrementada con la venerable religiosa Hipólita de Jesús. Por mandato de la Sagrada Congregación de Ritos, y especialmente del cardenal Portocarrero, mandó examinar el tomo primero de La vida de la Venerable Hipólita de Jesús.

El cardenal Portocarrero extendió su influencia a otros futuros beatos y santos. Es el caso del fraile capuchino Bernardo de Corleón. Nacido en Corleón en 1605 y fallecido en Palermo en 1667, se abrió rápidamente la causa de beatificación en la

década de los setenta, estando el cardenal Portocarrero en Roma. Su devoción a este futuro beato, y posteriormente santo, queda recogida en su apología devocional.

En diciembre de 1674 el papa Clemente X nombra al cardenal Portocarrero protector de los hermanos Bethlemitas. El 3 de febrero de 1677 el papa Inocencio XI lo nombrará protector de la orden del Santísimo Salvador, en latín *Ordo Sanctissimi Salvatoris Sanctae Brigittae*, vulgo, brigidinas. Esta orden fue fundada por Santa Brígida en Suecia, en 1370. La orden de brigidinas llegó a España a principios del siglo XVII con la fundación de su primer convento en Valladolid por la religiosa Marina de Escobar.

El cardenal Portocarrero fue protector de tres congregaciones más, la Congregación de Nuestra Señora de Constantinopla en Roma, de la nación siciliana; del Santísimo Sacramento y Concepción Purísima de Nuestra Señora, y de la Congregación de la Disciplina de Santa María, Porta Ripalda, de la ciudad de Crema en el estado de Venecia.

El año jubilar de 1675

En la Navidad de 1674, Roma se preparaba para iniciar el último gran año jubilar de la etapa barroca de la capital del mundo católico. El jubileo de 1675, siendo sumo pontífice Clemente X, pasará a los anales del boato barroco en el epicentro de la Edad Moderna. Roma, embellecida de un extremo a otro, preparó un espectáculo religioso que pudiera conmovir a miles de personas llegadas de todo el orbe católico. El Papa, con toda la curia romana y la estrecha colaboración de la reina Cristina de Suecia, llevaron a cabo un multitudinario jubileo donde todos compitieron en mostrar su poder en ceremonias de fasto y lujo. En este histórico año jubilar el cardenal Portocarrero participó activamente. Dos grandes actos protagonizó el cardenal cuando cumplía cuarenta años de vida: la gran celebración de la Pascua en la plaza Navona y la clausura del años santo en la basílica lateranense.

Para ilustrarnos en los dos grandes acontecimientos debemos recurrir a dos documentos impresos redactados por testigos oculares. De la gran Pascua de 1675 contamos con *Relazione delle feste in Piazza Navona...* dedicada al cardenal Portocarrero; y sobre la clausura de la puerta santa de la basílica de Santa María la Mayor de Roma fue el propio cardenal quien encargó una relación de lo ocurrido aquel día 24 de diciembre de 1675.

La solemne procesión de la Resurrección tuvo lugar en la primavera del año santo de 1675, y Portocarrero tendría una nueva ocasión de participar en la liturgia de la clausura del jubileo.

La clausura de la puerta santa la realizó el papa Clemente X sobre la basílica de San Pedro y las otras tres puertas de las basílicas patriarcales de Roma por tres cardenales *legados á Latere*. El cardenal Portocarrero, hombre estimado por el pontífice, Emilio Altieri, aquel que le entregó la púrpura, le devolvía ahora el honor de, en nombre del rey de España, de la comunidad católica hispana, ser uno de los elegidos para un acontecimiento que quedó registrado en los anales de la historia de Roma, el papado y la Iglesia católica.

El martes 24 de diciembre de 1675 el palacio Cupis fue un hervidero humano que querían acompañar al cardenal Portocarrero en el desplazamiento multitudinario de vistosas carrozas recorriendo las calles de Roma entre plaza Navona y Santa María la Mayor. La más llamativa de esas carrozas tirada por seis caballos frisonos era la que

trasladó al cardenal, donde resaltaba el escudo de armas de su eminencia. Veinticuatro lacayos ayudaron al cardenal Portocarrero en el traslado que hizo revestido con muceta para, al llegar a la basílica donde le esperaba una compañía de soldados, descender del coche y colocarse la capa magna roja propia de cardenal. Ya en el interior del templo y tras rezar ante el Santísimo, comenzó la ceremonia de clausura revestido de pontifical con mitra. La colocación de ladrillos y piedra se hizo con una paleta de plata con sus armas impresa, igualmente se introdujo en el muro una caja con monedas de plata y bronce conmemorativas de la clausura de la puerta santa liberiana. En esas monedas “para eterna memoria” figura el nombre de quien una vez más convirtió la solemnidad en historia eclesiástica.

El cónclave de 1676

El 22 de julio de 1676 murió el papa Clemente X. El veterano pontífice elevó al Sacro Colegio de Cardenales a veinte nuevos purpurados. El domingo 2 de agosto, tras la misa de Espíritu Santo, comenzó el cónclave en la Capilla Sixtina. En esa fecha el Sacro Colegio de Cardenales lo constituían 67 de los 70 purpurados; al cónclave asistieron 65. No asistieron al cónclave los cardenales Friedrich von Hessen-Darmstadt y el español Pascual de Aragón. En Roma son dos los cardenales españoles, el cardenal Portocarrero, que llevaba en Roma desde 1670 y había participado en el último cónclave terminado ese año con la elección de Clemente X; el otro cardenal era Nithard, embajador ordinario interino, quien había alcanzado el capelo en mayo de 1672 y, por tanto, no tenía experiencia alguna en elección de pontífice. En calidad de embajador elaboró un meticuloso informe de las posibilidades de cada cardenal ante un eventual ascenso al papado. No duró mucho el cónclave y el día 21 de septiembre se conoció que el elegido fue el cardenal Odescalchi, quien reinó con el nombre de Inocencio XI. El memorial del cardenal Nithard lo define como “Un ángel de costumbres apartado de todo interés, gran caritativo y limosnero con los pobres (...) muy celante de la religión católica (...) a algunos no gusta su genio inclinado a la reforma (...)”⁴

Consejero de Estado, virrey interino de Sicilia y arzobispo de Toledo

Nos ocupamos ahora de un año clave en el cursus honorum del cardenal Portocarrero, 1677, fecha en la que fue nombrado consejero de Estado, virrey de Sicilia y arzobispo de Toledo. Tres nombramientos que dependen directamente del Rey Carlos II, si bien el nombramiento de arzobispo con ratificación final del papa Inocencio XI.

Al parecer, el nombre del cardenal Portocarrero ya se barajó para el virreinato de Sicilia en 1676. El 16 de abril de 1677 muere repentinamente el virrey de Sicilia, Aniello de Guzmán, quedando su viuda al frente del reino hasta el nombramiento del próximo virrey. El 20 de abril de 1677 el cardenal Portocarrero fue nombrado consejero de Estado por el rey Carlos II. El papa Inocencio XI concede al cardenal Portocarrero licencia para aceptar el virreinato el 4 de mayo. El 13 de mayo, días después, llegó su nombramiento de virrey interino para hacerse cargo de virreinato en medio de una revuelta en Messina apoyada por el ejército francés del rey Luis XIV. A disposición del cardenal se puso una galera para trasladarlo de Roma a Nápoles.

⁴ AGS., Estado: Roma, leg. 3052 apud Julián J. LOZANO, “La Monarquía Española...”, en *Tiempos Modernos*, Revista Electrónica de Historia Moderna, vol. 7, 20 (2010), pp. 1-27

El virrey Portocarrero recaló en la isla el 12 de mayo de 1677 y permaneció en la misma hasta el 20 de marzo de 1678. Por tanto, en escasos días, dos nuevas responsabilidades de la alta dirección de la Monarquía, entrando en el selecto equipo de los hombres de Carlos II para llevar el timón de la Monarquía universal.

Para tan importante misión militar se destina a Palermo, el 29 de mayo, al lugarteniente maestre de campo general duque Alejandro de Bournonville, quien estaba en Barcelona. Y el 27 de junio de 1677 ya se hallaba en Palermo.

El cardenal Portocarrero fue virrey de Sicilia en unas circunstancias muy difíciles. El cardenal no tiene experiencia militar alguna y además es un hombre de Iglesia. Juan Alfonso de Lancina define al cardenal Portocarrero como “entregándose por último el Gobierno del Reino a un príncipe eclesiástico ajeno de las armas.” Un cardenal virrey que enfurece a militares experimentados que llevan años luchando en los campos de batalla europeos y ahora en Sicilia. Es un primer frente de oposición al nuevo virrey.

El 28 de septiembre de 1677 falleció el arzobispo de Toledo cardenal Pascual de Aragón, tras once años al frente de la sede primada de las Españas. En los primeros días de octubre ya se tiene decidido proponer al papa Inocencio XI que sea nombrado para la sede del arzobispado de Toledo el cardenal Portocarrero. Carlos II le comunica su decisión de nombrar arzobispo de Toledo al nuncio Savo Millini, quien abre un informe de vida y costumbres sobre el cardenal Portocarrero. El informe favorable del nuncio permite, a su vez, que el rey Carlos II escriba a su embajador en Roma, marqués del Carpio para solicitar el 14 de octubre de 1677 al papa Inocencio XI el nombramiento de arzobispo de Toledo para el candidato propuesto.

El cardenal Portocarrero da muestras de agradecimiento tanto al rey Carlos II como al papa Inocencio XI por proponerle para el arzobispado de Toledo y así se lo comunica “La inmediata diligencia que cumplo después de haber sabido que el Rey y Su Santidad me presentan para Arzobispo de Toledo (...) humildísimamente licencia para firmar la aceptación de las gracias (...) es servicio de Dios que yo sea Arzobispo.”⁵

El 20 de diciembre de 1677 es nombrado arzobispo de Toledo, el mayor privilegio eclesiástico de España, y seguramente la segunda gran prelatura del mundo moderno, después de Roma. Roma es la sede del papa del orbe católico, Toledo es la sede del primado de las Españas, es decir, del mayor imperio colonial.

La ceremonia religiosa de consagración episcopal tuvo lugar el domingo 16 de enero de 1678 en la catedral de panormitana de Ntra. Sra. de la Asunción. La solemne función religiosa corrió a cargo del arzobispo de Palermo, Jaime Palafox Cardona, asistido por el arzobispo de Monreale, Juan Ruano Carrionero, y el obispo de Lipari, Francisco Arata. Aquel frío domingo de invierno recibió el báculo, la mitra y el palio arzobispal. Desde ese momento pudo añadir a su escudo la cruz arzobispal con un travesaño más por encima del principal.

Embajador extraordinario en Roma

En febrero de 1678, el cardenal Portocarrero es nombrado embajador extraordinario en Roma. El rey Carlos II decide que el cardenal puede influir ante Inocencio XI para cooperar en la política internacional hispana contra el Imperio Turco,

⁵ ASV. *Segreteria di Stato, Cardinali*, vol. 41, f. 313.

esto puede pensar Juan José de Austria, quien considera que es acertado mandar al cardenal Portocarrero como embajador extraordinario a Roma.

Algunos quieren ver la enorme satisfacción que manifiesta el cardenal Portocarrero por este nuevo nombramiento que, tras su exitoso virreinato, será ahora recibido en Roma como embajador, la máxima distinción que puede recibir del rey desde España y el honor con que será recibido en la Ciudad Eterna por el Santo Padre. El cardenal Portocarrero se encamina a su nuevo destino, siendo recibido el 23 de abril en Terracita por el embajador de España. Tras un breve tiempo en Castelgandolfo entra en Roma a finales de mayo:

«El lunes 23 del corriente hizo el Eminentísimo Señor Cardenal Portocarrero, Arzobispo de Toledo, su entrada solemne en esta Ciudad, como Embajador Extraordinario de Su Majestad Católica, por la puerta de San Juan. Fue innumerable el concurso de Prelados, Nobleza, y de todo género de devotos de la Corona de España que salieron al encuentro hasta más de media legua fuera de la Ciudad; pero sobre todo se señalaron en tan solemne función, los señores Cardenales Pío, Nitardo, y Savelli, y el señor marqués del Carpio, Embajador Ordinario, que la misma tarde le acompañó a la primera audiencia de Su Beatitud, a la cual fue admitido con todas las muestras de agrado correspondientes al carácter y prendas personales de Su Eminencia. (...) el pronto fruto de las negociaciones de tan digno Ministro, para el mayor bien, y consuelo de la Cristiandad, en ocasión que según muchos avisos de Levante, quedando concluida la paz entre los Turcos, Moscovitas y Polacos, se puede recelar vuelven los primeros sus armas contra Alemania»⁶

Por tanto, desde mayo de 1678 a febrero de 1679, transcurren unos meses de una nueva e intensa agenda del cardenal y embajador extraordinario que será recordada para siempre por él y sus émulos, que verán en este periodo una de las grandes acciones políticas de Portocarrero. Debemos concluir que no fue un año fácil en la labor política del cardenal considerando que debía compartir escenario con otro embajador, vivir en la misma embajada y representar al unísono la Corona de España.

En Toledo existe malestar por la prolongada ausencia del arzobispo Portocarrero. El mismo Portocarrero es consciente de ello y va dando los pasos para asumir su pontificado. Acercándose el momento de partir, próximo pero sin fecha, adquiere unas pinturas de Carlo Marati para regalar al rey Carlos II. Dejaba tras de sí la Roma que lo inició al mundo del arte y al mecenazgo. En la embajada de España dejó el cuadro Paisaje de Claudio de Lorena, que había regalado al embajador marqués del Carpio. Aquella fue su última primavera romana, una década púrpura. Se despidió del papa Inocencio XI e inició un viaje a la altura de un cardenal, arzobispo y primado de España.

⁶ La Gaceta de Madrid, 28, 28-VI-1678. El cardenal Portocarrero entra en Roma el 23 de mayo..., p. 129.



**Ilustre Asociación Provincial Cordobesa
de Cronistas Oficiales**



**Diputación
de Córdoba**